

LA EDUCANDA,

REVISTA QUINCENAL

DE EDUCACION, ENSEÑANZA Y MODAS.

Año II.

Sábado 15 de Febrero de 1862.

Núm. 28.

CÓMO DEBEN PROCEDER LAS MADRES PARA DAR Á SUS HIJOS EL CONOCIMIENTO DE LO QUE DEBEMOS Á DIOS.

La primera idea que debeis darles de Dios es la de su poder, porque es la mas propia para impresionarlos. Al efecto, no dejeis de llamar su atencion en cuantas ocasiones puedan observar lo mas imponente que ofrece el espectáculo de la naturaleza, como la brillante luz del sol en un hermoso dia y la magnificencia de los cielos en una bella noche; pero decidles al mismo tiempo que Aquel, que ha creado tantas maravillas, es tambien el que hace nacer el trigo de que se alimentan, y los frutos que tanto placer les proporcionan. Cuando los veais regocijarse con el canto de los pájaros, extasiarse á la vista de una bella campiña, ó respirar con delicia el dulce aroma de las flores, decidles que á Dios deben todos estos goces: así es como adquirirán el hábito de relacionar con él todas las emociones agradables de que se sientan poseidos, y sus primeros sentimientos serán sentimientos de amor hácia el Criador.

No os abstengais de hablarles, desde su mas temprana edad, de Dios, por temor de que no estén en disposicion de formarse de él una idea exacta. ¿Dónde están los hombres que puedan representárselo dignamente, aun en la madurez de su razon? Importa mucho conocer lo que á todas las miradas revelan los actos de su poder, de su sabiduría y de su bondad, que resplandecen diariamente á los ojos de vuestros hijos, cuya ávida curiosidad

exige que se les instruya. Aprovechad este ardor para hacerles sensibles, en cuanto podais, los infinitos favores que le debemos: es de una extrema importancia que estas impresiones se asocien á las primeras ideas que se formen en su inteligencia, y á los primeros sentimientos que nazcan en su corazon. En la edad dichosa en que todos los objetos aparecen bajo un aspecto amable y con todos los colores de la alegría y la esperanza, es cuando conviene darles á conocer á un Dios, amigo de los hombres, que los ha creado dándoles el amor que les muestra con sus beneficios. Se puede dar cierta idea del amor filial á aquel que jamás ha gozado la dicha de ver á los autores de sus dias; pero ¿podrá llegar á poseer este sentimiento como el que ha recibido en su cuna las caricias de su padre y de su madre, como el que ha visto pasar su infancia en brazos de ellos, y les debe sus primeras palabras, sus primeros pensamientos, sus primeros placeres? ¡Ah! aunque en seguida sea separado de ellos por muchos años, aunque tenga la desgracia de perderlos, la grata memoria de sus padres está grabada para siempre en el fondo de su corazon. En cada situacion de la vida que le recuerde alguna circunstancia de los dias felices que pasó al lado de sus padres, la imagen querida de estos viene á reproducírsele vivamente en la memoria; oye todavía su voz, siente todavía en sus lábios su cariñosa boca, los llama en sus placeres, los llama en sus penas, y teme turbar con alguna accion digna de vituperio la paz que gozan en su tumba.

Si vosotras á vuestros hijos sabeis presentarles desde muy temprano á Dios bajo la imagen de un padre bueno y sensible, se acostumbrarán á considerarle como su guia mas seguro, como su protector mas poderoso. En todas las circunstancias difíciles de su vida le consultarán en su conciencia con el mismo interés con que se vá á consultar á un amigo de corazon; le dirigirán sus oraciones en la afliccion, y elevarán hácia él, en la prosperidad, las vivas acciones de gracias de un alma reconocida. Si las pasiones los arrastran alguna vez fuera de la senda de la virtud, no tardarán en abrir su oido á la voz celestial que los llame á ella: el temor de encontrar á Dios inflexible no ahogará en ellos el deseo de volver á sus brazos. Verdad es que se ofende de la mala conducta de los hombres; pero un padre ¿no se ofende tambien de la mala conducta de sus hijos? y ¿deja por eso de quererlos? No se formarán, pues, ideas espantosas de Dios, así como un hijo no se espanta de su padre porque le castiga sus faltas; y aun mirarán los rigores pasajeros de su justicia como nuevas pruebas de su amor.

Otra ventaja de las dulces impresiones que de la bondad divina habreis producido en vuestros hijos, es que son las mas propias para conducirlos á la felicidad por el ejercicio de la caridad y de todas las virtudes. Dando gracias á Dios, cada dia, por los beneficios que derrama sobre los hombres, es muy natural que den un gran valor á esta bondad y que deseen imitarla para con sus semejantes: este sentimiento no puede nacer y desarrollarse en sus almas sin hacerlos felices. ¡Tan grande es el encanto que vá unido á todas las inclinaciones generosas! El placer de satisfacerlas se aumenta con la idea de ser con ellas mas agradable á los ojos de la Divinidad: la virtud consagrada por la religion sabe resistir todas las pruebas, y hasta la injusticia de los hombres.

Dios, que es el amigo de la virtud, es tambien el enemigo del vicio, y castiga á los malos por desobediencia á sus leyes; pero no os

apresureis á amenazar con su cólera á vuestros hijos. La idea de la Divinidad representada con aparato vengador, no puede producir sino enfadosas impresiones en un niño: solo es propia para engendrar una vil supersticion en un espíritu débil, y una resistencia criminal en un espíritu audaz. No intimideis jamás á vuestros hijos con los terrores de un Dios encolerizado: por haberse formado una falsa idea de sus venganzas, han osado impiamente los hombres encargarse por él de cumplirlas, atormentando á sus hermanos. ¡Cuántos males horrorosos ha originado este error fatal sobre la tierra! Desde que á Dios se le atribuyen sentimientos de crueldad, ¿quién puede detener á los hombres en su barbárie? Procurad que vuestros hijos amen la religion por la dulzura de sus leyes: la religion está perfectamente acorde con la humanidad, para que reinen sobre la tierra la paz y el orden que tambien nos vienen de Dios.

No me corresponde deciros mas sobre la religion: este cuidado concierne á sus respetables ministros, que con tanto celo están siempre dispuestos á instruiros.

J. T. L.

EDUCACION PRÁCTICA.

REFLEXIONES SOBRE LA INSTRUCCION DE LA MUGER.

II.

Teniendo en cuenta las funciones peculiares de la muger en la familia y la sociedad, no puede menos de convenirse en la necesidad de un desarrollo especial en sus facultades y una instruccion que, aun cuando en su base tenga algo de comun con la del hombre, ha de diferenciarse esencialmente en su objeto, tendencias, aplicacion y medios ó ejercicios para realizarla.

Conservando en su preparacion actual la acertada division que se hace en dos grandes ramas, de verdadera instruccion ó instruccion literaria y trabajos ó labores propias del sexo, comprendiendo en esta última todo lo relativo

á los cuidados domésticos, la muger debe ser instruida desde el principio por una série no interrumpida de ejercicios prácticos mas ó menos asíduos, segun que de su posicion actual se pueda deducir racionalmente para el porvenir, que ha de verse obligada á tomar parte en ellos dentro del hogar doméstico, ya como única encargada de su ejecucion, ya como directora mas ó menos inmediata que ha de ver cubiertos ó atendidos todos los cuidados de la familia por medio de manos mercenarias ó asalariadas. Los padres son en este caso los que al elegir el establecimiento de instruccion donde ha de realizarse la de sus hijas, lo harán de modo que sus prácticas, combinadas con las que en el hogar doméstico tenga establecidas, resulten sólida y convenientemente aleccionadas, y capaces en el trabajo de manos ó de inteligencia que ha de predominar en el resto de su vida, considerada independientemente de las eventualidades que la modifiquen ó cambien en su esencia.

Este punto de partida, tan capital en la preparacion de la muger, es completamente desconocido á las que como profesoras se consagran al arte de enseñar la infancia del bello sexo. Es, sí, cierto que entre las escuelas y colegios de niñas se advierten diferencias mucho mas notables que entre las de niños, respecto á enseñanzas, ejercicios y medios de instruccion, llegando á veces á no parecerse en nada. Pero estas diferencias, lejos de ser consecuencia de un principio educativo, luminoso y fecundo para el destino ulterior de la muger, acertadamente desenvuelto en un sistema que presida al desarrollo gradual de su capacidad, son hijas de un pensamiento especulativo que, acomodándose al espíritu de las poblaciones, satisface las exigencias ó preocupaciones de una ó mas clases, y dá por resultado una instruccion y aptitud incompletas, mas de lujo y vano oropel, que de sólido y provechoso efecto para la preparacion de las que están llamadas á decidir con sus hábitos y conducta de la suerte de otras generaciones. Podráse creer que, adoptada esta base para la instruccion de

la muger, cuanto mas acertada y trascendental sea la diferencia que se establezca entre los establecimientos que han de realizar su preparacion segun su clase y probable posicion en la sociedad, se alza una barrera mas invencible entre unas y otras clases, y se contraría el principio eminentemente civilizador de estrechar los vínculos que deben unir íntimamente las relaciones y destinos de todas las clases sociales. ¡Error crasísimo que contribuye cada dia mas á una perturbacion moral y material, cuya trascendencia es de incalculables males! Por grandes que hayan sido los esfuerzos encaminados hasta hoy á reunir en un solo recinto, sin diferencia de condicion ni fortuna, á todos los niños, y para que sujetos á una misma disciplina se deposite en sus tiernas almas un alimento comun que las estreche y una para el porvenir con sentimientos, afecciones y recuerdos que ni el tiempo ni otras causas puedan borrar, hemos visto que, ya por los hábitos, ya por las preocupaciones, ya por prudentes consejos de una razon ilustrada, ó no se ha conseguido, allí donde ha sido posible la eleccion, ó si se ha realizado de una manera material, el resultado no ha correspondido al fin que se proponian. No es este el lugar oportuno para analizar esta cuestion bajo el aspecto social que se ha recomendado en cierto orden de principios; pero no por esto renunciaremos á indicar las razones que bajo el de educacion práctica de la muger aconsejan lo contrario, es decir, que de ninguna manera conviene sacrificar la aptitud especial que reclama la posicion de cada una, á la preparacion en comun, sin distincion de clases, condiciones y medios que han de influir mañana en la posicion social que ha de ocupar su familia en el orden regular y probable de las cosas y cálculos del hombre.

La muger, que en su infancia ha de recibir una instruccion de doble carácter que la del hombre, puesto que á los primeros rudimentos que les son comunes ha de unir la especial de su sexo en labores y obligaciones prácticas de la vida doméstica, no puede me-

nos de caminar con mucha lentitud, por grande que sea su aprovechamiento. En esta lenta marcha se hace preciso introducir una parte práctica que conduzca inmediatamente á la aplicacion, carácter distintivo de la instruccion que la muger reclama; porque no le queda como al hombre un ulterior periodo de ampliacion y desarrollo en el que aparece la aplicacion, y de este modo se cercena hasta un punto que se hará imposible la generalizacion que exige la instruccion comun á niñas procedentes de diferentes clases, y que no pueden menos de demandar la aptitud para necesidades bien diferentes en la vida de sus familias y en el porvenir que las espera.

Concedemos que en la instruccion hay prácticas y estudios que son igualmente indispensables; que lo mismo aprovechan á la niña de una aristocrática familia que á la de un modesto artesano. Pero aun en estas debe ser bien distinta la preparacion que facilite la primera enseñanza á unas y otras, porque no ha de ser el mismo el desarrollo sucesivo que hayan de darla, con la mira de procurar una base sólida á otra instruccion teórica mas extensa y perfecta, ni están igualmente llamadas al conocimiento de los detalles que deben reunir aquellas que por sí mismas deben entrar en la práctica á que disponen. Hay por otra parte en la instruccion que hoy se llama completa en la muger, relacionada con el carácter de nuestra sociedad actual, mucho que, teniendo en el fondo y en la forma gran parte de supérfluo y lujoso, constituye una necesidad de la época, y no deja de contribuir al perfeccionamiento moral del bello sexo en las clases acomodadas. Esta circunstancia exige que el rumbo de su primera enseñanza varíe tan esencialmente, que no se haga imposible conciliar esta parte de la instruccion con aquella que podríamos llamar comun, si á todas se sujetase á una pauta en cuanto á la parte rudimentaria; porque se habria distraído á muchas de aquello que mas conviene á su objeto, al paso que se hubiera hecho pasar á otras muy á la ligera sobre partes en las que nece-

sitarian mas detenida preparacion. Ejemplos bien patentes podíamos ofrecer de estas verdades, si descendiéramos á apreciar lo que realmente conviene á las necesidades de las niñas segun su clase, en cada ramo de los que hoy son en las escuelas y colegios objeto preferente de su instruccion; pero aun cuando hoy quede sin comprobante ó demostracion práctica esta parte de nuestra doctrina, esperamos no dejar incompleto el trabajo, toda vez que, por el derarrollo que la hemos de dar, se comprenderá desde luego que la sirve de fundamento cuanto llevamos espuesto; y esta, y no otra, es la que satisface completamente á la condicion y aptitud de la muger para el cumplimiento de su destino.

Al buscar, pues, en la organizacion de los establecimientos de primera enseñanza para la muger esa especie de armonía entre la instruccion que recibe desde su primera edad y la condicion social en que ha de encontrarse algun dia, ni negamos la conveniencia de que todas conozcan y sepan todo lo que puede ser necesario y útil á las de clases mas humildes mañana, ni las de estas, tan dignas de consideracion, se vean privadas, en caso de tener capacidad para ello, de la instruccion mas delicada y extensa que parece reservarse á las que cuentan con grandes fortunas. Nó: semejante doctrina no cabe en nuestras convicciones; y consideramos que en la administracion y en el interés social está conciliar por medios racionales semejantes conveniencias, pero sin contrariar el gran principio de que la instruccion de la muger ha de partir desde su origen encaminada á conseguir su aptitud para el cumplimiento de los deberes que la condicion social de sus familias las impone desde luego.

Por extensa que sea la escala que puede formarse en las diferentes clases sociales para hacer aplicacion de nuestra doctrina á la instruccion que ha de recibir la muger, no se crea que pretendemos establecer una gradacion igual en los medios de comunicarla, hasta el punto que haya para una distintos establecimientos. Muy lejos de eso: tan sencilla es

nuestra teoría y de tan fácil realización, que nos parece practicable sin que afecte en nada á los intereses creados, sino en un sentido tan favorable como fecundos serian para las familias sus resultados. Esta es, á nuestro juicio, una cuestion resuelta por el convencimiento de su inmensa utilidad, tan pronto como, atentas las familias á los grandes intereses que envuelve la instruccion de sus hijas, requieran á la enseñanza pública y privada en el sentido de sus verdaderas necesidades, y no se dejen contentar con pequeñeces y pueriles exterioridades, porque el torrente general los arrastra á ello.

La fórmula de nuestro pensamiento es bien sencilla, y se reasume en que, á imitacion de lo que sucede en la instruccion del hombre, por mas que hasta el presente no haya hecho otra cosa que entreverse en la práctica: «que se reconozca la diferencia de la instruccion en sus límites, carácter y medios de suministrarse, cuando esta lleva el fin de una aplicacion directa é inmediata, ó cuando sirve de preparacion para otra en el individuo.» Esto, que para el hombre se ha creido de tanta importancia, es hasta de imprescindible necesidad en la muger, como se verá por el análisis que haremos de sus estudios en las dos clases de instruccion que consideramos debe facilitársele.

L. R. y P.

HISTORIA NATURAL.

LA MARMOTA.

La *marmota* es un pequeño animal que habita en las vertientes meridionales de las elevadas montañas de los Alpes. Mas pequeño que un conejo, tiene toda su ligereza, mayor robustez y fuerza.

La marmota, dice Buffon, tiene la nariz, los labios y las formas de la cabeza como las liebres, el pelo y las uñas de tejo, los dientes como el castor, las barbas de gato, los ojos del liron, los piés del oso, la cola corta y las orejas caidas. El color de su pelo en el lomo es de un rojo subido, pero sonrosado en

el vientre, fino y espeso. Gruñe como el perro cuando juega ó se le acaricia; pero cuando se le irrita lanza unos chillidos que hieren el tímpano. Gusta de la limpieza, y tiene como el raton un olor subido y desagradable en la cabeza. En otoño engorda mucho, y su carne es una buena comida, pero que conserva un poco el mal olor que hemos indicado, el cual se nota al masticarla, por lo que es preciso condimentarla con muchas sustancias ó especias para neutralizar su mal efecto.

Cuando se coge pequeña una marmota se la domestica mejor que ningun otro animal salvaje, y casi tanto como nuestros animales domésticos. Aprende fácilmente á manejar un baston, gesticular, bailar y obedecer á la voz de quien la dirige. Le es antipático el perro, lo mismo que el gato; cuando empieza á hacérsele familiar la casa, se cree apoyada y defendida por su amo, y no teme atacar y morder los perros mas temibles. Roe todo lo que encuentra, muebles, telas, y agujerea la madera del cajon en que se encierra.

Como la marmota tiene las patas muy cortas y los dedos de los piés muy parecidos á los del oso, se sostiene muchas veces sentada, y como él se levanta fácilmente sobre las patas de atrás: corre de prisa cuesta arriba, y con bastante lentitud en llano: salta con facilidad en los árboles y sube con ligereza por las rocas mas peladas, entre dos paredes ó peñascos; de aquí el que se diga que la marmota ha enseñado á los jóvenes saboyanos á saltar los caminos con facilidad.

Este animal se mantiene bien en el estado de domesticidad, porque todo le gusta: carne, pan, frutas, legumbres, raices, todo le es agradable: prefiere la manteca y la leche; y para satisfacer esta necesidad, la marmota se hace golosa é infiel como el gato. Es poco aficionada al agua, y bebe poco.

Generalmente no habita mas que en las altas montañas, en medio de las nieves, y gusta por lo mismo del dulce calor del sol, viviendo en una especie de letargo durante la rigurosa estacion de los frios. A fin de setiembre ó principios de octubre, despues de haber provisto su morada de una buena cantidad de musgo y fina yerba, es cuando se encierra para pasar la ruda estacion del invierno en un sueño parecido á la muerte, para no volver á salir hasta el mes de abril.

La morada de la marmota está abierta con mucho arte, y tiene generalmente una capacidad sufi-

cienta para poder contener un gran número sin que el aire se vicié ó corrompa.

Las marmotas viven muchas veces en sociedad y en la mejor armonía; porque al aproximarse el tiempo de su larga reclusion, muchas trabajan para hacer las provisiones, y las mas eligen el musgo mas tierno y mas mullido, cortan la yerba mas fina, mientras que otras se ocupan en la conduccion de estas provisiones y otras trabajan en el interior de los subterráneos preparando las camas.

La manera de transportar la recoleccion es bien sencilla, y sin embargo presenta cierto método que no parece exento de un razonamiento muy justo ó un instinto muy notable.

Luego que han cortado sus provisiones, una marmota se tiende de espaldas con las patas tendidas, y sobre el vientre le colocan todo lo que puede contener. Hecho el cargamento, un número suficiente de ellas se agarran á la cola de la que está tendida y la arrastran hasta la entrada de la habitacion comun, y cada una á su vez hace otro tanto para servir de vehículo hasta que la provision se concluye. Por esta causa se ha dicho que tienen estos animales raído el pelo á lo largo de su espinazo.

En tanto que el tiempo es suave, la estacion dulce, y el sol conserva su fuerza, las marmotas salen todos los dias de sus profundas moradas y se entregan á sus juegos para esparcirse, mientras que una se coloca de vigilante en la punta de una roca en observacion de las cercanías. Si por desgracia aparece un águila ó cualquier otra ave de rapiña que surcando los aires amenace caer sobre aquella manada, ó algun cazador se desliza al través de las rocas para sorprenderlas, entonces dá la señal de alarma con un grito que resuena como un silbido: cada una corre á salvarse inmediatamente, mientras que la centinela se queda la última para guardarlas y ser muchas veces víctima de su celo.

Llegada la estacion de encerrarse, las marmotas se introducen en sus moradas, y cierran todas las bocas con un arte admirable: cada una se acuesta en la cama perfectamente preparada de antemano, á corta distancia unas de otras, para entregarse al prolongado sueño, durante el cual no necesitan alimento alguno. En esta época es cuando los cazadores las hacen una guerra de esterminio, y abren la tierra hasta encontrarlas, porque es cuando han engordado y tienen una gran cantidad de grasa, á espensas de la cual han de pasar el invierno sin alimento.

Las marmotas tienen tres ó cuatro hijuelos de cada vez y viven de quince á veinte años.

Adelantamos estas pequeñas ideas, las mas vulgares que la ciencia de la naturaleza nos ofrece para el conocimiento de la vida y costumbres de las marmotas, para que se vea su íntima relacion y enlace con una linda historieta que para instructivo recreo de nuestras lectoras insertaremos en el número inmediato,

E.

DURACION DE LAS VISITAS.

Las visitas de negocios deben limitarse al tiempo absolutamente indispensable para llenar su objeto: el prolongarlas sin motivos justificados es una inconsideracion tanto menos excusable, cuanto mayor es el número y entidad de las ocupaciones que rodean á las personas que las reciben.

Una visita de presentacion no debe pasar de quince á veinte minutos, si la persona presentante tiene poca confianza en la casa; si tiene en ella intimidad, la visita podrá durar hasta tres cuartos de hora: cuando toque al presentado excitar al presentante á terminarla, esto es, cuando aquel sea pariente de la casa, podrá prolongarse la visita unos diez minutos mas.

Las visitas de ceremonia duran de diez á quince minutos; las que son de etiqueta y no tienen señalada especial duracion, de quince á veinte minutos, y las de poca confianza hasta tres cuartos de hora. En cuanto á las de confianza, cuando son puramente de amistad, pueden durar hasta dos horas, y solo hasta una hora cuando tienen por objeto cumplidos y demostraciones especiales, como ofrecimientos, felicitaciones, etc. Una visita de confianza ó de poca confianza, puede, sin embargo, ser muy corta en cualquier caso segun las circunstancias particulares que la acompañen, respecto á lo cual no puede existir otra norma que la prudencia y el buen juicio de la persona que visita. Con todo, es una regla general que estas visitas, cuando se hacen de dia, especialmente en dias de trabajo, deben ser mas cortas que cuando se hacen de noche.

Las visitas que se hacen en persona en las casas de los enfermos, y todas las demás visitas de sentimiento deben ser generalmente muy cortas, y aun reducirse á dejar una tarjeta, segun que la gravedad del enfermo ú otras circunstancias puedan hacer embarazoso el recibir la visita.

Siempre que al entrar en una casa notemos que hay en ella alguna reunion extraordinaria, ó que la persona que solicitamos vá á salir, y siempre que por cualquiera

tro motivo creamos que no hemos llegado con oportunidad, retirémonos al punto, sin llamar la atención de nadie. Y cuando no hayamos podido evitar el ser vistos y se nos inste á que entremos, ó bien hayamos penetrado ya en la pieza de recibo, permaneceremos por un corto rato y nos retiraremos, aun cuando se nos excite á detenernos.

Si encontrándonos de visita en una casa llega de viaje una persona que viene á hospedarse en ella, sea ó no de la familia, nos retiraremos pasados algunos instantes.

Al entrar en una pieza de recibo donde se encuentren otras visitas observemos discreta y sagazmente los semblantes, el giro que tome la conversacion, y todo lo demás que pueda conducirnos á indagar por nosotros mismos, y sin hacer ninguna pregunta, si antes de entrar nosotros se trataba de algun asunto de que no se nos quiera imponer; y en este caso, pretextemos, si es posible, haber entrado con un determinado objeto que por su naturaleza haya de detenernos breves momentos, y de cualquiera manera retirémonos sin ceder á ninguna excitacion á quedarnos, á menos que el dueño de la casa no se limite á instarnos, sino que nos manifieste francamente que no se trataba de ningun asunto para nosotros reservado, pues entonces podemos, sin escrúpulo, dar á nuestra visita la duracion correspondiente.

Tambien nos retiraremos inmediatamente de una visita, cuando entrare otra persona y notáremos de algun modo que los dueños de la casa desean quedarse á solas con aquella.

Si durante la visita que hacemos recibiere una carta el dueño de la casa, le excitaremos á que la lea, y si no la leyere, retirémonos á poco; lo cual haremos tambien, aunque llegue á leerla, á no ser que en el acto de despedirnos nos inste para que nos quedemos, manifestándonos con franqueza que la carta no contiene nada de importancia. Téngase presente que entre varias personas que se encuentran de visita, la excitacion al dueño de la casa para que lea una carta que le llega, no toca nunca al inferior sino al superior; que entre una señora y un caballero, toca á la señora; y que una persona muy inferior á otra, como lo es un joven respecto de un anciano, no le hace nunca semejante excitacion, sino que se retira dentro de un breve rato.

Si durante nuestra visita entrare otra persona, y tuviéremos motivo para pensar que trae un asunto urgente, sobre el cual no pueda tratar, á presencia nuestra, retirémonos asimismo dentro de un breve rato, á no ser que nuestra visita sea tambien interesante para nosotros, y no hayamos aun llenado nuestro objeto.

Cuando nos encontremos á solas con una persona muy superior á nosotros, á quien estemos haciendo visita, y llegue otra persona que sea tambien para nosotros

muy respetable, nos retiraremos inmediatamente, aprovechando el momento en que nos habremos puesto de pié al entrar la nueva visita. Por regla general, siempre que sean muy respetables para nosotros todas las personas que compongan el círculo en que nos encontremos, daremos á nuestra visita una duracion muy corta.

Siempre que encontrándonos de visita en una casa ocurriere en ella algun accidente que llame seriamente la atención de sus dueños, retirémonos al punto, si no podemos prestar ninguna especie de servicios.

En todos los casos en que se nos manifieste deseo de que prolonguemos una visita, daremos una muestra de agradecimiento á tan obsequiosa excitacion, quedándonos sin instancia un rato mas; pero despues de esto, no cederemos otra vez, si ya hemos dado á nuestra visita una duracion excesiva.

T.

HACED Á OTRO

LO QUE QUISIÉRAIS QUE HICIERAN CON VOSOTROS.

He aquí una de las grandes máximas que disponen siempre al bien, y que profundamente meditada y hábilmente aplicada á los numerosos actos de la vida en la infancia, es un manantial fecundo de virtud y bellos sentimientos que disponen á una excelente educacion. Referiremos con este motivo hechos prácticos de la vida familiar que sirvan de ejemplo y regla á las madres para que se detengan á pensar en la preferencia que merecen máximas tan saludables para luz y guia de la bien entendida educacion de sus hijos.

Una madre tenia la costumbre de exigir todas las noches á sus hijos que le refiriesen cuanto habian hecho en el dia para contribuir á la dicha ó el bien de los demás, y constantemente les repetia: «Todo lo que querais que los demás hagan por vosotros, estais obligados á hacerlo por ellos.» Una noche que preguntaba, segun la costumbre establecida, le dijeron sus dos hijos mas pequeños lo siguiente:

—Yo no me acuerdo de haber hecho bien á nadie hoy; porque solamente Juanito, mi compañero de escuela, que me hace muchas veces rabiar, ha sido el primero en la clase; yo le miré sonriéndome, y él se vino corriendo á abrazarme, diciéndome al mismo tiempo que yo era muy bueno.

—Pues yo no he hecho un bien mucho mayor, mamá, dijo el otro mas pequeño, pero ha sido para mí un dia bien triste. A mi compañero de banco en la escuela se le ha muerto su hermano, y observé que en vez de estudiar fijaba los ojos sobre el libro para llorar. Me dió tal pena, que me aproximé, y apoyando mi frente en su sien, me

puse á llorar con él.... Tendió entonces sus brazos alrededor de mi cuello y así lloramos juntos.

Esta explicacion llenó de gozo á la madre, que bendecía á Dios porque en tan buen hora inspiraba á sus hijos tan bellos sentimientos, que habian de ser sin duda una garantía para su porvenir.

¿Quién puede temer de los hombres en la tierra cuando se les ama ó sabe hacerse amar de ellos?

C.

NO DEIS NADA,

Ó DAD EN PROPORCION DEL SERVICIO QUE HABEIS RECIBIDO.

Un banquero de Strashourg, caminando en la oscuridad, cayó en el canal de l'Ill. Al ruido de la caída, un hombre que pasaba, un esportillero, se arrojó al agua vestido y consiguió sacar sano y salvo á la orilla al malhadado banquero. Este bendecía vivamente á su salvador, y agarrándole de las manos no queria soltarlo hasta recompensar su accion. Lo llevó con él á su casa, contó lo que le habia ocurrido, y dijo: «Que le den quince sus á este hombre heróico.»—«¡Oh! señor, replicó el esportillero, justamente indignado, sois muy bueno; yo no merezco tanto. Cuando devuelvo un paquete perdido me vale veinte sus; pero cuando salvo á un banquero.... no es nada.»

B. P.

JULIA.

(Continuacion.)

Pero Julia, que respecto á Santiago no participaba del entusiasmo de su padre, se encogió de hombros y siguió comiendo.

—¿A que no se viene sin traerte alguna monería?— continuó don Crisanto.

—¡Pues no se la agradezco!

—¿Por qué?

—Porque Santiago será muy buen marino y muy buen comerciante; pero la finura, Dios se la dé. Hasta en sus caricias es patan. Cuando dá un abrazo es para descoyuntarle á una los hombros.

—¡Báh! ¡ya vuelves á tu manía de siempre! Si el pobrecillo nos quiere con el alma y la vida, ¿qué ha de hacer mas que apretarnos cuando nos abraza? En cuanto á finura, ¿quieres tú que sepa todos esos primores de salon, él, que ha vivido desde niño, como quien dice, entre el mar y el cielo? Pero si Santiago no sabe hacer una cortesía, en cambio, ¡que le metan el diente por cualquiera otra parte! Náutica, geografia, historia, química, fisica,

economía política..... ¡qué sé yo cuánto hay en aquella cabeza! Cuando los dos vamos al café y toma la palabra, esos que tú ves tan perfilados y tan al corriente en materia de saludos y reverencias, se quedan tamañitos al escucharle.

—¡Nadie lo diria, papá!

—Tú que eres tan marisabidilla, háblale, háblale alguna vez de un asunto sério, y ya verás si tu primo se muere de la lengua.

Luisa, que habia escuchado desde la cocina la carta y el elogio de Santiago, rabiaba hacia quince minutos por echar un cuarto á espadas.

—¿Conque viene el señorito?—dijo al fin sin poder contenerse.

—¡Echando lumbre por esos mares!—respondió Ortega.

—¡Qué buenas meriendas nos esperan á bordol.... ¿éh.... señor don Crisanto?....

—¡Magníficas!....

—¡Luisa!—interrumpió Julia, á la cual no le gustaba mucho el giro de la conversacion. —¿Has olvidado lo que te dijo papá hace un instante? ¡No vengas á dar tu voto donde no te le piden!

—¡Si yo no puedo remediarlo, señorita!

—¡Aligera, y ve á tomar el palco!

—¿Saldrá usted esta tarde?

—¿Sales tú conmigo, papá?

—Nó: tengo una cita en el Suizo con el corredor Alvarez. Luisa te acompañará si quieres ir un rato á la Alameda ó al Muelle.

Concluida la comida, Julia se despidió de su padre, encargándole que volviese á las ocho para ir al teatro. En seguida entró en su habitacion y se puso á escribir, mientras Luisa volvia de la calle del Arcillero, en cuyo punto se elevan en forma de paralelogramo las sombrías paredes del coliseo santanderino.

VIII.

Ocho dias despues de las escenas que acabo de referiros, mis queridas lectoras, Julia y Luisa atravesaban, á eso de las cinco de la tarde, la plaza Vieja, y subian por la *cuesta de la Atalaya* en direccion al Alta.

El Alta es un paseo situado en la cumbre de un pequeño cerro al norte de la poblacion, desde el cual se dominan la ciudad, la bahía, los valles de Trasmiera y de Camargo, los altísimos picachos del valle de Pas, y la azulada é inmensa faja del Océano, que se extiende de Oriente á Poniente, formando el último término del risueño cuadro que desde allí se descubre.

Los filósofos, los misántropos y los comerciantes que esperan la llegada de algun buque en retardo, son los únicos seres que frecuentan aquel pintoresco paseo, que re-



No peut être reproduit

Pardine

384

Imp. Hariton

LA EDUCANDA.

comiendo á mis lectoras si van alguna vez á tomar baños á la capital de la Montaña.

Resumiré en algunas líneas lo ocurrido en los ocho días que nos separan del capítulo anterior.

La primera noche que Julia ocupó el palco debido á la debilidad paternal, se representaba *Sancho García*.

Don Crisanto, fiel á su costumbre y á pesar de las advertencias de su hija, roncaba como un bendito en el fondo del palco, hacia media hora, sin dársele un ardite de quebrantar las leyes del buen gusto. Julia y su miriñaque ocupaban el frente, y detrás estaba Luisa medio oculta bajo un magnífico pañolón de Manila colgado de una percha.

Julia se hallaba de espaldas al escenario, y se entretenía en examinar con los gemelos á los numerosos espectadores que aquella noche llenaban el teatro. Ya he dicho que esta inusitada concurrencia era un verdadero fenómeno, único en los fastos de aquel infeliz coliseo. De cuando en cuando echaba una mirada indiferente á los actores, y despues volvía á su exámen, como si el drama en accion le entrase por un oído y le saliese por el otro.

—¿No es verdad, mis queridas lectoras, que tambien ustedes hacen lo mismo cuando asisten á una representacion dramática?

—¡No, que estaremos con los ojos fijos en la escena como si jamás hubiésemos visto una comedia! ¿Qué nos importa á nosotras lo que allí pasa?....

—Pues entonces ¿á qué van ustedes al teatro, hijas mías?

—¿A qué? á ver y ser vistas.

—Y á tener un rato de sociedad con nuestros conocidos.

—¡Y á observar el efecto que producimos en el público!

—¡Y á estudiar física!

—¿Física?

—¡Sí, señor!.... ¡Cómo! ¿no sabe usted que una representacion en un teatro de provincia es un verdadero curso de física?

—Aseguro á ustedes, hijas mías, que me hablan en griego..... que no comprendo una palabra de lo que me dicen; pero una vez que se hallan en un momento de franqueza, y ya que estamos en el paréntesis de una parrafada divagatoria, les suplico encarecidamente que me expliquen de qué manera hacen ustedes ese original estudio.

—Conque, ¿no conoce usted, señor autor, la teoría de las *corrientes magnéticas* que circulan en los teatros?

—Confieso mi ignorancia:—nunca tuve de ellas la menor noticia.

—Pues oiga usted.... ¡pero cuidado con abusar de nuestra confianza! Las *corrientes magnéticas* son invisibles como el fluido eléctrico.

—Adelante, hijas mías.

—Pero tienen dos polos visibles....

—¡Ah picarillas! ¿tambien ustedes entienden de polos?

—¡Vaya si entendemos! pues qué, porque los hombres hayan acaparado la ciencia, ¿cree usted que las mugeres no entran en el santuario, aunque sea por la ventana, para sorprender sus misterios?

—Conque tienen dos polos....

—Sí, señor, dos *polos* visibles, representados por dos sonrisas. La solucion del problema consiste en hallar el uno despues de haber encontrado el otro. Ejemplo: se toman los gemelos y se empieza á recorrer una hilera de palcos. Si entre las mugeres que los ocupan hay alguna con la cara vuelta hácia el patio, y con una *sonrisa polar* sobre los lábios, entonces se tira una línea recta, siguiendo la direccion de su mirada, y ha de ser muy torpe la observadora, si no encuentra inmediatamente el *polo* opuesto. Una vez establecidos los dos *polos*, que en vez de positivo y negativo llamaremos *femenino* y *masculino*, la línea ó *corriente magnética*, antes invisible, se vuelve tan *luminosa* como un alambre incandescente. Multiplicando la operacion al infinito, las *corrientes magnéticas* forman una verdadera *red*, al cruzarse unas con otras, en cuyas innumerables mallas empieza á *pescar intrigas* y *secretos* la que sabe manejar los hilos. ¿Ha comprendido usted, señor autor, nuestra física teatral?

—De manera que en esto tal vez consiste....

—¿El que pase desapercibida para nosotras la representacion?.... ¡justamente! Los cándidos, como usted, cuando van al teatro, no ven mas que la comedia ó el drama que se representa de telon adentro; pero la verdadera comedia, la mas divertida, está de telon afuera. Ahí tiene usted explicado el motivo por el cual volvemos la espalda al escenario.

—Pido á ustedes mil perdones, hijas de mi alma, por haber creido que esa indiferencia consistia en obedecer uno de los muchos mandamientos que para las mugeres tiene la cartilla de la señora moda.

—Otra vez, antes de criticar un efecto, examine usted bien la causa que le produce.

—Tranquílicense ustedes; no olvidaré la leccion. En lo sucesivo, cuando vea una hermosa con la espalda vuelta hácia el palco escénico, la saludaré respetuosamente y trataré de imitarla, para descubrir *polos* y *corrientes magnéticas*.

.....

Pero, sea dicho en honor de la verdad, Julia no se ocupaba en establecer *redes* de hilos *luminosos*. Paseaba maquinalmente sus gemelos por los espectadores, de igual modo que el que pasea sus miradas por el cielo sin entender una palabra en astronomía.

Sus pensamientos no estaban en el teatro; y aunque dirigia los gemelos en todas direcciones, por un prodigio

de óptica, que las almas apasionadas, como la suya, comprenderán con facilidad, encontraba siempre al extremo del anteojo la figura de su desconocido poeta.

En cambio, la pobre Luisa, que ni tenía gemelos, ni estaba iniciada en los misterios de la *física teatral*, se volvía toda oídos para no perder ni una sílaba de lo que declamaban los actores, ya que no podía ver lo que pasaba en la escena á causa de los hombros de su ama.

Los anteojos de Julia, dirigidos siempre con la misma indiferencia, resbalaron una vez desde las plateas de tornavoz al escenario. El prodigio de óptica sufrió entonces una ligera modificación. La figura del extremo del tubo cambió súbitamente de vestido: la levita y el sombrero de copa alta se transformaron en un albornoz y un turbante.

Julia se puso del color del marfil de sus gemelos, y los retiró creyendo que soñaba.

Limpio los cristales, figurándose que acaso estarían empañados, y volvió á mirar en la misma dirección. La figura seguía con igual traje morisco y alargaba la mano para tomar una copa.....

Julia se volvió hacia su doncella, y la dijo á media voz para no despertar á su padre.

—Luisa, toma los gemelos, y mira hacia el escenario por encima de mi hombro..... ¿Hay un árabe entre los actores?

—Espere usted, señorita, que no veo jota.

—¡Muger, no seas torpel gradúalos á tu vista.

—¡Ya veo, ya veo!... ¿un árabe, dijo usted?

—Sí, un moro, para que lo entiendas mejor.

—¡Tómal ¡es el embajador, ese pícaro amante de la condesa que quería envenenar á don Sanchol ¡Vaya si le veo! con sus babuchas, y su jaique, y su.... ¡Ay, señorita de mi alma!... ¿sabe usted quién es ese moro? Es....

Luisa se aproximó cuanto pudo al oído de Julia, y murmuró una palabra. Entonces esta cambió de silla y se puso frente al escenario, comprendiendo la modificación del prodigio óptico y la sublimidad del arte á que Eliseo Valcárcel hacía referencia en su poética epístola. Cuando el embajador moro llevó á sus labios la pócima fatal, alzó los ojos á la altura de los primeros palcos y los fijó en los cristales de unos gemelos: entonces quedó establecida una *corriente magnética* entre ambos puntos; pero fué tan rápida, que la mas linee de mis lectoras no habría tenido tiempo de encontrar el *polo femenino*, aun cuando hubiese hallado el *masculino*, ó vice-versa.

Julia, segun sabemos por ella misma, era un *esprit fort*, muy por encima de las preocupaciones del vulgo. El descubrimiento que hizo aquella noche no fué para ella una decepción; antes al contrario, la figura de Eliseo apareció á sus ojos mas noble, mas simpática, mas gigantesca. ¡Era la de un artista!...

Comprendió, sí, que el arte ejercido por aquel hijo

del infortunio seria un obstáculo á la santificación de sus amores, una fuente inagotable de amarguras. Pero, ¿qué importaba? El amor todo lo vence, y el alma de Julia se sentía dispuesta á despreciar desde lo alto de su grandeza ese horrible ¡*qué dirán!* fantasma y pesadilla de las mugeres vulgares.

Desde aquella noche, entre Julia y el galán joven del teatro, se cruzaron algunas cartas, siempre por conducto de la pobre Luisa, la cual no dejaba de importunar á su ama con las *palurdas* observaciones que le sugerían su mortal aborrecimiento á los cómicos y el temor de que don Crisanto llegase á tener noticia del asunto y la enviase á Trasmiera.

Pero Eliseo y Julia aun no se habían hablado.

A la misma hora del día en que la hija de don Crisanto subía con su doncella la *cuesta de la Atalaya*, en dirección al Alta, un joven de largos cabellos se paseaba impaciente por delante de un banco de piedra semicircular, situado á la derecha del paseo, yendo desde el *Sardínaro* á los *Cuatro caminos*.

Aquel joven era Eliseo Valcárcel.

—Pero, señorita,—decía la trasmerana á nuestra heroína Julia,—¿de veras ha dicho usted á ese.... caballero que íbamos hoy á pasear al Alta?

—Sí, Luisa: el pobrecillo me lo ha suplicado tanto, que al fin he concluido por acceder.

—¿Y se atreverá usted á hablarle?

—¿Por qué nó?

—¡Por el amor de Dios, señorita, piénselo usted bien!

—Pero ¿qué tiene eso de particular?... ¿es algun crimen hablar á un hombre?

—Nó, señora, yo no digo que sea un crimen.... Sin embargo, hay hombres y hombres....

—¡Luisa!...

—Y ya sabe usted lo que es la gente.... ¡pobres de nosotras si nos vé alguno hablar con un cómico! Estoy segura de que en seguida iban con el cuento á su padre de usted, y entonces.... ¡Dios nos asista!

—¿Concluirás hoy con tus aspavientos? Aun suponiendo que todo el mundo nos vea, ¿qué podrán decir?

—¡Friolera!... ¡pues en buen pueblo vivimos para que no nos levantaran un caramillo como una casa!

—¡Báhl! ¡nada me importan las murmuraciones de los necios! Déjalos que hablen.

—Es que los necios, como usted dice, son aquí todo el mundo: porque en esto de cortar un sayo al prójimo, ninguno se queda atrás. Y si no fuera mas que por ellos, ¡anda con Dios! pero, ¿y su padre de usted?

—Papá no dará crédito á sus habladurías.

—Usted dirá lo que quiera, señorita; pero yo voy que no me llega la camisa al cuerpo.

—Vamos, no seas necia, Luisa, y déjame en paz con

tus observaciones, si no quieres que te prohíba de un modo absoluto dirigirme la palabra.

—Es que, si yo se las hago, es por su bien de usted....

—Por eso te las tolero, porque reconozco tu buena intencion; pero cuando sueltas la taravilla, concluyes por ser insoportable.

—Bueno, señorita, me callaré; pero acuérdesse usted de lo que dice el señor cura de mi pueblo....

—¿Otra vez me sales con el señor cura de tu pueblo?

—Sí, señora, porque ese buen señor conoce el mundo, y sabe quién es cada cual, y....

—Mejor que yo, ¿no es cierto?

—¡Pues qué sé yo qué la diga á usted!.... puede que sí.

—¡No seas inocente, muger! el cura de tu pueblo es un bendito, muy bueno y muy santo para dar consejos y para enseñar la doctrina....

—¿Y le parece á usted poco?

—¡Pero estoy segura de que su vista no alcanza mas allá del límite de su parroquia!

—¡Ay, señorita de mi alma, cómo se engaña usted!... ¡si fuera alguna vez á mi pueblo y le oyese uno de los sermones que nos predica desde el altar en los domingos de cuaresma, á fé de Luisa que no diria usted eso!

A este punto de su diálogo llegaban ama y criada, cuando cruzaron por enfrente de la Torre del Vigia.

Allá á lo lejos, y entre los árboles que orillan el camino, distinguieron á un hombre paseándose, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Allí lo tenemos, señorita!—exclamó Luisa.—Ya podemos encomendarnos á Dios, y pedirle que no aparezca por ahí algun amigo de don Crisanto.

—¿Estás segura de que es él?

—Sí, señora; no es fácil confundirle con ningun otro.

—Pues sigue sin hablarme, y mira hácia otro lado como si no le hubiésemos visto: él se acercará.

Cuando Julia llegó al sitio en que se hallaba Eliseo Valcárcel, este se descubrió respetuosamente y murmuró con timidez:

—¡Señorita!...

—¡Caballero!...

Hubo un instante de sublime silencio.

—¡Hoy es el día mas feliz de mi vida!—continuó el cómico.

Y ambos siguieron hablando á media voz.

Luisa creyó de su deber hacerse la distraida, y se puso á observar atentamente las velas de las barcas pescadoras, que se deslizaban sobre la tranquila superficie del Océano.

(Se continuará.)

MI ESPEJO.

Quizá parezca ridículo hacer objeto de un razonamiento grave y sério á una cosa reputada como el símbolo de la fatuidad y la coquetería, pero tal cumple á un sentimiento de justicia que puede causar en las ideas de nuestras jóvenes un cambio saludable, haciéndolas fijar su atencion y cuidados en un género de belleza que las realza mas que ningun otro á los ojos del mundo sensato.

¡Mi espejo!

¡Qué de blasfemias, qué de anatemas lanzados contra esta plancha de cristal cubierto por una lámina metálica! ¡Qué de exageradas alabanzas, y muchas veces pláticas ridículas, dirigidas á este mudo consejero! Yo creo que no merece semejante exceso de dicha ni tal indignidad.

Pues que nuestros ojos son, segun un antiguo proverbio, el espejo de nuestra alma, porque muchas veces en sus rasgos característicos revelan nuestro pensamiento, ¿por qué este mueble, tan complaciente para la fatuidad, la coquetería y la vanidad, no ha de ser tambien un mentor severo para la modestia y la sencillez? ¡Cuántas veces mi espejo me ha hecho reprenderme una actitud descuidada, un movimiento de mal humor! Cuando pasado el disgusto he vuelto en mí, he tenido que arrepentirme de la falta que he cometido, y volviendo la calma á mis facciones, he comprendido que las cualidades del corazon entran por mucho en la belleza de los ojos y su mirada.

Cuando acompañada de mi buena madre volvíamos de nuestro paseo cotidiano por los alrededores de la poblacion, paseo en el cual hacia un gran papel su imponderable beneficencia, habiéndola yo ayudado en sus cuidados á los enfermos, en sus consuelos á los infelices que sufrían los rigores del hambre y el frio; y entrando en mi gabinete fijaba los ojos en mi espejo y me veia preciosa, es el reflejo de la beneficencia que Dios ha impreso en el corazon de mi madre, quien colora mi frente, y me decia entonces: «La caridad es la belleza.»

Si reflexiono sobre la vida dulce y tranquila que la Providencia me ha dado sobre la tierra, los afectos que me rodean, los cuidados constantes de que soy objeto, mi alma se inunda de alegría, lágrimas dichosas ruedan por mis mejillas, y si mi mirada encuentra mi imagen sobre mi frio espejo, me digo: «La dicha es la belleza.»

Cuando el día se ha deslizado en el cumplimiento de los trabajos que reclama la direccion de mi casa: cuando mi padre ha recompensado con una palabra afectuosa mi obligacion cumplida: cuando un beso de mi madre me ha pagado con exceso los cuidados con que he atendido á su edad y á su salud, sonriendo ligera y gozosa he con-

sultado mi espejo; y siempre mi espejo ha contestado á mi investigadora mirada diciéndome: «El cumplimiento del deber es la belleza.»

Nó, yo no puedo calumniar á este pobre pedazo de cristal: si para algunos obedece servilmente, para mí manda como un maestro, y yo hubiera sido mala, sí, muy mala, si hubiera cometido una mala accion y hubiera parecido vanidosa.

Sea yo, pues, dulce, amable, caritativa, modesta, activa y devota, pues que mi espejo dice que este es el solo medio de ser hermosa.

Y.

ALGUNAS CONDICIONES DE HIGIENE,

ÓRDEN, EXACTITUD Y TRABAJO EN EL HOGAR DOMÉSTICO.

¡Feliz el hombre á quien su casa place! ¡Feliz el amante del hogar doméstico! ¡Feliz el que profesa el culto de la intimidad! ¡Cuánto tiempo ganado, cuántas desgracias evitadas, cuánto dinero ahorrado si se buscara menos la felicidad fuera de la casa!

La vida sencilla, retirada, tranquila y regular del techo familiar, es la vida verdadera, la vida sana, la vida juiciosa.

Los ingleses, que muestran en las relaciones públicas una frialdad proverbial, tienen mucho apego á la casa: *At home*, «en casa,» dicen ellos; y esta expresion lo dice todo; significa el poder de un ciudadano en su casa; en ella es rey, es soberano; sus hogares son sagrados, son un asilo inviolable donde se guarda la fé, donde los desahogos de la amistad entran en el corazon para no salir jamás de él. Por eso nunca es tan amable un inglés como cuando está en su casa, en medio de su familia, rodeado de sus hijos; allí depone toda su altivez, todo el orgullo británico que le hace poco comunicativo con los extraños; y si sus relaciones son frias en sociedad, encuentra por lo menos una alegría pura en su familia.

Aunque citamos el ejemplo de los ingleses, deseamos afirmar que no comprendemos que la vida en el hogar doméstico sea la clausura ó aislamiento que impone la misantropía.... ¡Nó!... El hombre no ha sido hecho para vivir solo; pero tampoco para echar las horas de su corta vida á los vientos de las relaciones baladíes.

Tomando el término medio, decimos que los ingleses podrian tener en público alguna mas amenidad, sin menoscabo de las preciosas cualidades que muestran bajo su techo.

Cualquiera que sea vuestra condicion (y es menester que sepais arreglaros á los recursos que os dá), tened por esencial la eleccion de domicilio.

Fuera del centro tumultuoso de una gran poblacion,

donde las necesidades de las profesiones é industrias imponen su tiranía, casi siempre es posible conciliar en esta eleccion la higiene y la comodidad con la economía.

Se ha establecido como verdad, y verdad con fuerza de ley, que el importe del alquiler de la casa no debe nunca exceder del décimo de los recursos con que se cuenta para vivir.

En Madrid y en las principales capitales de provincia, donde el precio de los arrendamientos de las casas se hace de dia en dia mas excesivo, esta prescripcion se puede seguir muy rara vez; pero creemos que en las demás poblaciones se debe observar.

Las condiciones higiénicas de una casa deben tenerse en cuenta muy preferentemente.

De todos los aspectos, el mas favorable es el Levante, pues los primeros rayos del sol purifican el aire que los recibe, y el viento del Este es el mas sano.

Viene en seguida la exposicion al Mediodia, porque en verano, cerrando los balcones ó ventanas, es posible preservarse del exceso del calor; y en primavera y otoño se goza de una dulce temperatura, y aun en invierno se experimenta un frio menos áspero que en cualquiera otra exposicion.

El Oeste es mas húmedo, y el Norte, que ofrece un aire seco y crudo, no puede convenir sino á ciertas complexiones.

Nada mas peligroso para la salud que habitar una casa recientemente construida.

En general, para ser sana, es necesario que una habitacion sea suficientemente alta y espaciosa.

Los dormitorios deben tener luz directa: todos se tendrán minuciosamente aseados.

Sin embargo, no pretendemos que se lleve la limpieza hasta el extremo que aquella muger de un notable de Holanda, á quien Carlos V visitó. Este emperador envió á preguntarle si podia entrar en su habitacion, y ella se opuso exclamando: «¡Nó, que no querrá descalzarse!»

No tengais mas muebles que los necesarios, sencillos, y aun vastos si teneis poca fortuna; pero que estén en su sitio y muy limpios.

Si no temiésemos perjudicar á la gente honrada que vive de la fabricacion de los mil objetos que se amontonan sobre las mesas, rinconeras y chimeneas, reprobaríamos altamente esta aficion á las futilidades. Hoy se hace de toda sala, de todo gabinete, otras tantas tiendas de tiroleses, y se vive, ó se aparenta vivir, con la mayor complacencia en medio de una infinidad de bagatelas procedentes de las cinco partes del mundo, y que consideradas aparte ofrecen ridiculo aspecto en la compañía en que se hallan. Armas, vasos, medallas, mariscos, fósiles, ejemplares geológicos, etc., están confusamente, sin orden, sin método: el dueño ignora el nombre y el origen, siendo en esto imágen fiel del espíritu ligero de nuestro

siglo, en que se aprende de todo un poco y de nada mucho.

Adornad vuestras habitaciones con la mayor sobriedad de objetos. Raspail, el austero *higienógrafo*, quisiera las paredes enteramente desnudas, porque demuestra que los respaldos de los cuadros y los pliegues de las cortinas, están invadidos por arañas y mil parásitos de las habitaciones y del cuerpo, vecinos temibles, enemigos encarnizados.

Conviene tomar esta recomendación como es, es decir, como una medida de proscripción extrema, que bien se puede relajar un poco. En efecto, vituperando la profusión de los adornos, difícilmente admitimos que nuestras miradas no puedan descansar sobre algunos objetos de arte, y sobre los retratos de las personas amadas.

Tampoco queremos proscribir las flores, ni ciertos animales domésticos, que son objeto de verdadero afecto para muchas personas.

Muchas veces se ha pintado el sencillo cuadro de la modesta costurera, trabajando en su ventana alta, detrás de una cortina y de plantas floridas; un pájaro canta con ella. Esta poética realidad merece que se la respete: las flores pueden embellecer un balcón ó una ventana, y también decoran un salón y un comedor; pero se debe temer el aroma que exhalan porque puede ser funesto á la salud.

La afición á los pájaros es un placer muy inocente, muy permitido; pero es menester arreglarse de manera que no incomoden á los vecinos ni á las personas de la casa.

Un loro gritador, en una ventana, por ejemplo, es el azote de un barrio. Algunas veces se han hecho peticiones para obtener la *supresión* de este halagüeño animal; porque, ¿nos podreis obligar á oír una voz de polichinela, muy enronquecida, repetir mil veces en un día estas frases sempiternas?—¡Lorito real, para España y no para Portugal!... ¡Batallón!... ¡al hombre!... Trán, rrrán, rrrán, trán, trán, etc., etc.

Esta música puede tener su atractivo en un momento dado; pero cuando se hace crónica es capaz de enfadar á la paciencia en persona.

Los perros y los gatos tienen nuestras simpatías; pero á condición de que no hagan á sus amos esclavos ni ridículos, y que estén *bien educados*; es decir, que no ensordezcan á todo el vecindario con sus ladridos y maullidos, y que se les haga respetar la limpieza de las habitaciones donde se les hace el honor de admitirlos.

En general, es necesario arreglarse siempre de manera que las aficiones y gustos se satisfagan sin molestar á nadie.

En todo, el exceso es un defecto: la avaricia y la prodigalidad son igualmente vituperables.

Se ha dicho del avaro que no posee sus bienes, sino que estos le poseen á él.

Se ha dicho del pródigo que toca en la indigencia.

Un avaro, creyendo dar una buena lección á un pródigo, le dijo: ¡Que no viva usted como yo!

—Seré siempre dueño de vivir como usted, respondió el disipador, cuando ya no tenga nada.

El orden y la exactitud, términos medios entre estos extremos, son de un valor inextimable en todas las circunstancias de la vida. Se necesita mucha energía para no tener en ciertas horas una especie de repugnancia á ocuparse en las mil pequeñeces de la vida que renacen sin falta cada día; y es un error el creer que despreciarlas sea propio de una inteligencia superior. Descuidar el orden una sola vez, ser inexacta en una sola ocasión insignificante, parece que no es cosa grave; pero poco á poco la indiferencia domina, las obligaciones se multiplican, el desorden llega á su colmo, el descontento se apodera de nosotros, y el bienestar nos huye.

No os acostumbreis á estar en vuestra casa con vestidos demasiado descuidados: esta llaneza solo pueden tenerla los ancianos y los enfermos.

Distribuid vuestro tiempo con toda la regularidad que os sea posible; no dejéis pasar un día entero sin haber consagrado algunas horas á un estudio, á un trabajo cualquiera, y sabed estar sola en vuestra casa.

Es necesario tener una biblioteca: importa poco que no sea hermosa, con tal que encierre buenos libros. Los libros son amigos que escuchamos, que nos instruyen y nos hacen pensar.

«¡Felices, dice Fenelon, los que se divierten instruyéndose, y se complacen en cultivar su entendimiento! En cualquier lugar en que la fortuna los ponga, llevan siempre con que entretenerse; y el hastío que devora á los demás, aun en medio de las delicias, es desconocido á los que saben ocuparse en alguna lectura. ¡Felices los que gustan leer y no están privados de la lectura!»

Las lecturas orales en familia son un excelente medio de distraerse, y al mismo tiempo de dirigir bien la instrucción.

Las dulces conversaciones del hogar tienen también un encanto secreto: se goza en ellas de un fácil abandono que dulcifica las penas de la vida, y cubre de miel los bordes del vaso amargo en que nos abrevamos todos.

T.

CANTOR DE LO BELLO.

En *A Opinao*, periódico portugués, hemos leído el siguiente juicio acerca de las mugeres de aquel país, y solo podemos concebir que se exprese así de sus compatriotas un hombre feo como un caracol, ó por lo menos, un hombre que haya estado llevando calabazas toda su vida. Por supuesto que solo traducimos lo mas notable, una vista del juicio ó paralelo en cuestión.

La muger portuguesa del presente siglo (dice), carece de las brillantes cualidades que caracterizan á las de las demás naciones.

No tiene, generalmente hablando:

ni el provocador salero de la española;
ni la gracia y coquetería de la francesa;
ni el sentimiento apasionado de la italiana;
ni la púdica sensibilidad de la inglesa;
ni la tierna constancia de la alemana;
ni la admirable belleza de la georgiana;
ni la voluptuosidad indolente de la turca;
ni el hechicero porte de la judía,
ni la hermosura ardiente de la africana.

Pero á falta de estas cualidades, posee la muger portuguesa otras que podemos llamar negativas, porque no contribuyen á darle una fisonomía distinta é interesante; al contrario, la convierten en un conjunto de contradicciones y absurdos incalificables. Efectivamente, la muger portuguesa posee:

la indomable fiereza de la española;
la veleidad é inconstancia de la francesa;
el espíritu vengativo de la italiana;
la ridícula altivez de la inglesa;
la inmovilidad de la alemana;
la estupidez de la georgiana;
la sumision servil de la turca;
la visible supersticion de la judía,
y la ignorancia salvaje de la africana.

ARTE DE HACER FLORES.

Después de haber explicado todos los trabajos preliminares en que consiste la preparacion de materiales é ingredientes necesarios para la elaboracion de flores, vamos á dar principio á la explicacion teórica y práctica de su fabricacion, procurando por ahora suplir debidamente con su latitud y claridad la falta de dibujos que mas adelante sirvan de ilustracion y modelo á aquellas de nuestras lectoras que desde luego quieran aplicar por sí solas las reglas que al efecto prescribamos.

Pero ante todo vamos á adicionar la instruccion general que hemos dado para armar las flores, con una indicacion provechosa sobre la manera de cortar el papel verde que ha de servir para vestir los tallos y conservarlo de modo que no se deteriore. Tomando una hoja de papel de seda verde, se pliega en sentido contrario al en que se halla cuando se ha comprado: después se dobla tres veces en el mismo sen-

tido, á fin de que las tiras en que resulte tengan un ancho de cuatro centímetros, y después puede cortarse de una vez por los dobleces hechos con la tijera, de modo que las tiras queden lo mas rectas posible; porque importa mucho que así sea para que se adhieran bien y con regularidad cubriendo los tallos. El ancho de las tiras debe variar según el grueso de los tallos que se han de vestir, debiendo aumentar el ancho en proporcion á este, sin que exceda de dos centímetros. Como este papel es endeble, si se corta en el sentido en que está plegado cuando se compra, se ajaria demasiado al emplearlo y rodearlo al tallo. El grueso de los alambres que han de servir para los tallos de las flores y sus ramas, estará en proporcion al peso de las flores y hojas que han de sostener, evitando siempre que resulte demasiado grueso, porque la armazon mas delgada es la mas graciosa y esbelta, siendo bastante consistente.

FABRICACION DE LA ACACIA.

Esta flor, que tan frecuentemente se emplea en adornos y tocados, habiendo merecido á veces de la moda un triunfo exclusivo, se hace lo mismo de papel que de tela, con flores blancas ó rosa, ó blancas sonrosadas.



Punta de pañuelo con el nombre de Emilia, bordado á plumetis rizado y combinado con bordado abierto.

El *citiso* ó falso ébano es amarillo y se hace lo mismo que la acacia, pero el ramo de flores es mucho mas sencillo y largo.

Estas diferentes especies de flores tienen caja, y es preciso para armarlas botones, hojas, cálices de jacintos y pequeñas bolitas. Para hacer una flor se cortan pétalos en forma de corazon del tamaño que se deseen tener hendidos por su parte posterior en dos lóbulos ó porciones redondas, y cuya hendidura se prolonga por la línea media en todo su largo hasta un cuarto del ápice ó punta. Se cortan otros un poco mayores en la misma forma, y se coloca uno de estos en el cáliz de jacinto haciéndole una nervadura en el centro á favor de un grueso hilo y rodeando el borde con una pequeña bola. Se toma un hilo de latón y se sujetan los dos lados del primero uniéndolas en forma de habichuela ó judía: sobre él se



Paulina, bordado á plumetis.



Elisa, bordado á plumetis.

fija definitivamente el segundo, que debe quedar entreabierto, y luego se coloca detrás un tercero sencillito de forma de corazon y revuelto hácia atrás.

Los botones se hacen con pétalos hendidos, reuniendo los cuatro lóbulos en el cáliz con un poco de goma. El tallo no debe guardarse con algodón, sino solamente cubierto de papel.

Se arma el ramo colocando seis ú ocho botones en la cúspide, despues se fijan las flores opuestas de dos en dos de manera que formen ramo cilindrico.

El tallo se hará de alambre fino y se compondrá de unas veinte y cuatro flores y botones.

Las hojas, en número de siete, nueve ú once en cada ramo, se colocan como las de las rosas, siendo de forma aovada y con nervaduras bien marcadas. L.

MODAS.

El blanco y el negro son los colores dominantes en la toilette de pura fantasía, sembrados de flores de acero en los tonos rosa y capuchina de sus ramos. Las telas de estacion mas en boga son el grós de floreado menudo, guarnecido de tafetan liso para los vestidos mas elegantes, el moaré antique, *brocatelle* y el terciopelo: para vestidos de uso se emplea mucho el *popeline*. Se llevan los trajes á la Gabriela, talle redondo y á puntas, y solamente escotados los de gran toilette. En *soirés* de confianza, las jóvenes llevan el cuerpo alto, pero con mangas muy cortas; otras escotado cuadrado y otras vuelto. Los volantes son pequeños y rizados con terciopelos dispuestos de mil maneras diferentes, ó guarnecidos de encaje y pasamanería. Las grecas conservan aun la preferencia, y es de un gusto distinguido un traje de gró marron que lleve en el bajo grandes grecas de terciopelo con las orillas guarnecidas con un encaje estrecho: el cuerpo liso,

alto y cerrado por botones de terciopelo, y las mangas de codo adornadas con grecas como la falda y forradas de blanco.

Un vestido de admirable encanto para señorita es de gró negro liso, adornado con tres bieses de tafetan marron dorado en la falda, vueltas semejantes en el cuerpo alto y abotonado, y mangas de codo con vueltas marron cortadas en el interior en forma de grecas. Otro no menos distinguido es á cuadros verdes y negros, adornado en el bajo con tres pequeños volantes cordoneados de negro y con un bullonado, tambien negro, sobrepuesto; berta semejante cayendo á voluntad desde el cuerpo escotado y alrededor de las mangas, que son abiertas para dejar ver las mangas blancas. Tambien hace un traje distinguido, vestido de moaré negro con dos órdenes de grandes festones de terciopelo negro ó de tafetan violeta con un volante fruncido del ancho de la mano en el bajo de la falda, sobre el cual vá una tira de terciopelo picado, á la que se sobrepone otro volante igual con una segunda tira.

Desde que el frío se ha hecho sentir con una crudeza inesperada, mayor aun que si empezase el invierno, son de indispensable rigor las capas y paletots de terciopelo negro con anchos adornos de pieles. Las pieles mas buscadas y estimadas al efecto, son las de marta y *vison* del Canadá, no dejando de merecer una aceptación general el astracán y la chinchilla. Se las emplea, ya en berta, ya en cuello, ya en tiras lisas ó en *rouleaux* que rodean todo el abrigo. El paletot de paño ó terciopelo negro bordados de fantasía, la talma y albornoz, chales de terciopelo, cachemir ó paño festoneados ó guarnecidos de encaje, no se han abandonado por completo.

Las zuavas continúan haciendo un importante papel en la toilette para diario.

Los sombreros son casi todos de terciopelo liso ó terciopelo real. Sus adornos mas frecuentes son el encaje y las flores de terciopelo con mezcla de acero: tambien juegan admirablemente las plumas verdes y blancas.

Después de las indicaciones que hemos hecho en general para determinar el gusto dominante en las partes principales de la toilette de las señoras, justo es que, sin perjuicio de la descripción del figurin, detallemos algunos trajes que merecen ser conocidos por su alta novedad.

Vestido de popeline azul. Este traje, que tan bien sienta á una señorita, lleva su falda guarnecida con dos tiras de astracán, la una de seis centímetros de ancha y la otra de cinco. La primera de estas tiras se coloca á diez centímetros de distancia del borde de la falda; y la segunda está separada de la primera por un intervalo de siete á ocho centímetros. Cuerpo redondo con otra tira de astracán de cuatro centímetros, y colocada sobre un corpiño de imitación para figurar una pelerina cuadrada y concluyendo un poco en punta por delante y en el centro. Mangas anchas con grandes vueltas, guarnecidas tambien de astracán; y para tocado una redecilla azul adornada por delante con un lazo y por detrás lazos y cabos flo-
tantes.

Vestido de gro-gren marrón. El bajo de cada paño vá cortado á grandes festones redondeados, guarnecidos de un grueso cordón de tafetán del mismo color, pero mas subido, formando casi un *rouleau*: debajo de este cordón se coloca un volante de tafetán negro rizado, de cinco á seis centímetros de ancho: cuerpo abotonado, guarnecido por delante con un pequeño volante de tafetán negro: cinturón Médis á doble punta, encuadrillado, lo mismo que los paños, con un volante de tafetán negro que se prolonga hasta el bajo: mangas anchas á lo jockey y vueltas, guarnecidas como la falda y la cintura, con el volante rizado de tafetán negro, montado bajo un grueso cordón de tafetán marrón.

DESCRIPCION DEL FIGURIN.

Toilette para casa y para visita. Primera figura. Vestido de brocatelle pensamiento, brocado con un follaje raso y negro esparcido de trecho en trecho. Cuerpo ligeramente escotado, á punto por delante y cogido por botones de terciopelo negro; alrededor del talle, cinturón con anchos cabos y franjas de enrejados. Mangas abiertas, angostas arriba y muy anchas abajo, adornadas con dos pequeños volantes de terciopelo negro, separados en medio por otro terciopelo negro; se guarnece esta manga por una serie de capullos de terciopelo de cuatro centímetros. El bajo de la falda vá adornado de un volante de terciopelo negro de veinte centímetros de ancho, sobre el que vá otro de nueve centímetros: entre estas dos guarniciones, un terciopelo de cuatro centímetros. Cuello y mangas con entredos bordado á plumetis y entredos de valenciennes. Tocado de María Teresa, con fondo abultado y cayendo hácia atrás un ancho encaje negro coquillado, formando lazo con largos cabos que caen sobre el cuello: algunos capullos de terciopelo negro adornan las coquillas de este tocado.

Segunda figura. Vestido de gró marrón. Cuerpo de talle redondo y alto, adornado de un rizado escarolado, colocado de modo que marque un corpiño á la suiza, subiéndolo como en forma de corazón con punta adelante y hácia atrás. Manga de codo, ligeramente hendida y redondeada en el bajo, con un rizado que guarnece esta abertura y se remonta hácia arriba. Cuello y manguitas con entredos, separadas por bullones colocados á lo largo: un entredos sobrepuesto á un valenciennes forman el cuello y las mangas. Capa llamada *pelerin*, de terciopelo, adornada con ricos bordados ejecutados al pasado, figurando flores de sanguinaria. Manguito y pelerina de marta del Canadá. Sombrero azul de terciopelo labrado, que adorna la vuelta del ala y hácia la orilla un plegado andaluz en terciopelo liso, sobrepuesto á preciosas plumas, que una de sus cabezas viene á unirse por debajo del ala, adornada de zarza-rosas de terciopelo azul. Bavolet cubierto con encaje negro.

EMILIA R. y R.